

El desván de todas las cosas

Arabia Alvarez Arabí, mujer sensible y mayor, pensó que en el desván lograría encontrar la lámpara de Aladino, el sombrero azul y otros muchos objetos olvidados, cargados de polvo, de oro falso y pedrería variada.

Andrea Fernández Mastodonte-Arabí, su prima, también pensaba de igual forma y parecida manera.

Arabia trepó velozmente al desván, se miró en un gastado espejo que descansaba entre la escalera y la primera habitación del lugar sublime y se notó hermosa, perfecta y melancólica. La gran Garbo, la diosa Crawford y la cruel Davis, nada podían hacer a su lado. Su prima, Mastodonte-Arabí, suspiraba como ella frente a otro espejo medio escondido debajo de las tejas. Espejo pequeño, de dos metros cuadrados, que una hábil, inteligente y dispuesta urraca había dejado allí el siglo pasado. Pero Mastodonte-Arabí se sentía compenetrada con los pechos de la Monroe, los ojos de la Ava y el perfil de la Astor. Las piernas de la Dietrich la traían sin cuidado; las suyas, más perfectas, de cincuenta kilos cada una, descansaban en sandalias rojas de goma hinchable.

Las dos mujeres más bellas de aquella ciudad del norte de Asturias, devastada por los temporales del Cantábrico y por los arquitectos municipales, no descansaban nunca buscando la lámpara famosa e importante.

La casita de las dos primas, como la mayoría de las viviendas de la ciudad lluviosa y triste, tenía unos cimientos de ladrillo y el resto se componía de madera y cartón piedra; los terremotos más grandes, frecuentes en aquellos tiempos, no podían con ellas; pero ellas se caían al suelo, muchas veces, de forma misteriosa, de la noche a la mañana.

Arabia Alvarez Arabí logró, por fin, después de cientos de años de tenaz trabajo, descubrir detrás del espejo de la urraca, la famosa y nunca bien cantada lámpara de Aladino. Su prima, desde un rincón lleno de telarañas, la miraba con envidia y admiración. «La lámpara», musitó con voz aguardentosa Mastodonte-Arabí. «Mi prima siempre tiene suerte, mucha suerte...»

La prima, sabia y astuta, frotaba una y otra vez, con placer uterino, la lámpara maravillosa y maga de Aladino. El genio de este singular objeto, legendario y real al mismo tiempo, no parecía muy dispuesto a salir de ella. Pero las dos primas, pese a todo, quedaron perplejas, compungidas y encantadas al ver que de la lámpara salía, en lugar de humo perfumado digno de un narguile oriental, en lugar de gasas amarillas de Samarcanda o de Tiro, en lugar de sombras chinescas baliando una jota, una abuela común, de ciento diez años de vida y de muerte, y que se había perdido en los años cuarenta —de un siglo remoto— en el bosque de Muniellos en pos de un conejo blanco y de unas moras maduras. En pos de cualquier clase de comida para alimentar a los suyos. Aquella mujer, cantada en el romancero familiar, ejemplo perfecto de madre, abuela, sacerdotisa del hogar y ladrona de comida, se quedó quieta en el centro del desván, mirando a las dos mujeres gordas, cargadas de cretonas y pelucas, sandalias una, guarachas otra, y distintas ligas de todos los colores que subían y bajaban por las ajamonadas piernas, dignas de un elefante más bien pardo y nunca de una Marlene.

—¡Hijas mías! —gritó la vieja de Muniellos—. ¿Hijas?

—No, vieja madre secular de toda la familia —contestó Arabia Alvarez Arabí—, no somos tus hijas, ni tus nietas, ni

tus tataranietas. Somos el lejano resultado de tus amores y del romancero olvidado.

—¿Romanceras? —preguntó de nuevo la vieja del sagrado bosque de Muniellos—. ¿Romanceras las dos, y las dos tan gordas, sin necesidad de mis alimentos?

Las primas, consternadas por las palabras de la aparecida, no replicaron. Trataron de olvidar a la sagrada antepasada y se afanaron en los cestos, cajones y sombrillas, árboles de la ropa y jaulas de gallinas, que llenaban completamente el desván. Después de algún tiempo de excavar lograron algunos huevos de avestruz, colas de zorras azules y zorras plateadas, plumas de pavo real y plumas de aves de corral ponedoras, peinetas doradas de Pastora Imperio y mantillas españolas de unas damas del siglo veinte, algunas túnicas de Bagdad, lazos rojos de Marrakech, Biblias de Jerusalén y Coranes de Fez. Contentas y felices, cantando cuplés y canciones americanas como Volver a empezar, y la Cuarenta Sinfonía de un famoso músico alemán, se deslizaron por las escaleras, seguidas por la sombra tutelar de la abuela de Muniellos.

Sobre la ciudad devastada caía la noche cargada de estrellas y la luz de unas naves espaciales —salas de fiesta para los ricos norteamericanos— que llenaban de alegría el corazón de los pobres.

El año tres mil cuarenta estaba a punto de terminar, y toda la ciudad se disponía a celebrarlo sacando de los desvanes los raros objetos de las civilizaciones pasadas. Andrea Fernández Mastodonte-Arabí y su prima, la siempre dispuesta Arabia Álvarez Arabí, de buenas a primeras, y sin darse cuenta, comenzaron a llorar. Se sentían solas y sin hombres en aquella ciudad devastada. Los hombres jóvenes y bellos estaban en las naves espaciales para ser besados por las millonarias y los millonarios americanos.

Uno de los huevos de avestruz que habían bajado del maldito desván se hizo añicos. Arabia lloró y gritó al mismo tiempo, y sin fuerzas para desplomarse en un sofá o cama turca que tenía cerca, se dejó caer al suelo. Las tablas del suelo re-

chinaron enfadadas. Al final de cada año siempre pasaba lo mismo; ls gordas, llenas de ginebra y pimienta se dejaban caer de golpe sin avisar siquiera.

La abuela Muniellos, cenicienta y asturiana, sacó de una oculta faltriquera un libro y les dijo con voz sibilina y bella de agua cantarina:

—Voy a ler un poco de este libro singular titulado «Flor de leyendas»; resulta muy confortante.

Las dos primas no se dieron por enteradas y, al modo americano, roncaban fuertemente debajo de las mesas y de las sillas. Una luz verde, de la noche encendida, entraba por la ventana del salón y ponía un aura extraterrestre a toda la escena. El gato negro de las primas se enroscó a los pies de la abuela. La voz del pasado resonó en la estancia:

—Unas mujeres gordas, en un día del tiempo...

VÍCTOR ALPERI

Gijón - Lisboa, setiembre de 1983